

Un lugar mejor

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Pedro Ugarte Tamayo, *Un lugar mejor*
Primera edición: noviembre de 2024

ISBN: 978-84-8393-360-2
Depósito legal: M-21156-2024
IBIC: FYB

© Pedro Ugarte, 2024
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2024

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Pedro Ugarte

Un lugar mejor



ÍNDICE

ESTACIÓN DE LA MEMORIA

Éramos tan felices	13
¿No podría morir ese animal?	31
Ulises y los mapaches	49

ESTACIÓN DE LA SOLEDAD

Balada de Rowena Trevanion	65
Un lugar mejor	87
Niños jugando a la guerra con pistolas de verdad . .	99

ESTACIÓN DE LA MENTIRA

Arantxa	113
Una isla sucia y olvidada	127
Westerman Servicios Generales	141

CUENTOS DE LA ÚLTIMA ESTACIÓN

Ermita de san Sebastián	165
Dientes, caricias, agosto	175
Viento inclemente	191

«Tú nos arrojaste a una tierra de chacales,
y nos cubriste de tinieblas».

Sal. 44, 20

ESTACIÓN DE LA MEMORIA

ÉRAMOS TAN FELICES

*Eres infeliz porque crees que existe
una cosa que se llama ser feliz.*

LORRIE MOORE

VOY A HABLAR del periodo más feliz de nuestra vida: cuando a mi padre le diagnosticaron una enfermedad terminal. Esto parece difícil de comprender, pero solo ahora, después de tantos años. Entonces éramos felices y cuando eres feliz no hay tiempo para percibir ciertas contradicciones. Cuando eres feliz, ni siquiera te detienes a pensar y la vida transcurre sin la incomodidad que suscitan las preguntas. Las preguntas, realmente, nada tienen que ver con la curiosidad, ni con el deseo de saber: tienen que ver con el dolor. Creo que, si no hubiera dolor, no existirían las preguntas.

Llegaba septiembre y el curso académico estaba a punto de empezar. Rosa, Daniel y yo experimentamos el deprimente baño de realidad que comporta la llegada del otoño para todos los chicos que deben estudiar. Rosa estaba

nerviosa, a las puertas del primer curso de ingeniería. Le habían dicho tantas veces que aquella era una carrera muy difícil que perdió para siempre el buen humor y ya no volvió a ser la misma. En su determinación también influyeron las hirientes palabras de mamá. Cuando Rosa anunció que quería estudiar ingeniería, nuestra madre susurró una frase infernal, una frase que pagaría, con reproches explícitos o rencorosos silencios, durante largos años:

—¿Ingeniería, Rosa? ¿No es esa una carrera demasiado dura para una chica?

Creo que mamá ya se estaba arrepintiendo de formular esa pregunta antes de haberla terminado. Rosa la fulminó con una mirada erizada de puñales. A veces, el mejor estímulo para hacer algo en la vida no es el amor sino la rabia: desde que mi madre dijo semejante estupidez todos estuvimos convencidos de que Rosa acabaría ingeniería con notas inmejorables.

Aquel curso Daniel repetiría primero de bachillerato. Y si mamá casi reprochaba a Rosa que fuera tan buena estudiante, asistía con indulgencia a la vagancia de mi hermano, que no abría un libro en todo el curso, bebía, trasnochaba y había hecho de nuestra casa una fonda donde obtener comida y cama sin malgastar su tiempo con nosotros ni asumir ninguna obligación.

Yo me fijaba en mis hermanos y no sabía a qué carta quedarme. Intuía que la edad traería cosas peores, pero prefería no pensar en ellas. En la escuela procuraba no hacerme notar: hacía bien las sumas y las restas, escribía celosamente los dictados, completaba con cuidado los dibujos.

—Este niño hará algún día cosas grandes —decía entonces mi madre.

Y Rosa bufaba a lo lejos, embarcada en arduos problemas matemáticos, en la dureza de las asignaturas de ciencias o en el rigor de las clases de dibujo, unas clases con dibujos muy distintos a los que hacía yo.

Todo cambió a mediados de noviembre, con el curso avanzado. Cada uno de nosotros afrontaba sus tareas: la ingeniería, el bachillerato, la primaria. Nuestra preocupación se reducía a aprobar o suspender un puñado de asignaturas. Pero en el atardecer de un día oscuro, mientras la luz natural escapaba de casa con temor, como no queriendo ser ni testigo ni cómplice de lo que iba a ocurrir después, mamá nos convocó en el salón. Por alguna razón, decidió no utilizar la luz cenital y dejó la sala sumida en una franca penumbra.

Al fondo, en el sofá de siempre, estaba sentado nuestro padre, con la frente inclinada. Su constante parpadeo asemejaba un aleteo de mariposas. Era un hombre delgado, de formas finas, con algo quebradizo en todos sus movimientos, y una mirada de ojos grises y agónicos.

—Papá y yo tenemos que hablar con vosotros.

Nuestra madre pronunció aquello en voz muy baja. Así y todo, parecía que en cualquier momento sus cuerdas vocales podrían estallar, como esos cables de alta tensión que, si se rompen, propinan un violento latigazo. Me fijé en sus ojos: estaban húmedos. Definitivamente, algo malo pasaba; hasta yo me di cuenta de eso. Mamá, cada vez que me miraba, recomponía con esfuerzo sobrehumano una sonrisa, una sonrisa que se desvanecía si volvía la mirada a mis hermanos mayores.

—Tranquilo, Jorge —me susurró al oído— tranquilo...

Y yo, que hasta entonces había estado muy tranquilo, dejé de estarlo ya.

Comprendí que nos habían convocado para escuchar una declaración. Mamá alisó un papel que antes había arrugado nerviosamente entre sus manos. Leyó para sí misma lo que en él estaba escrito. Después alzó la vista. Explicó que en aquel informe los médicos hablaban sobre la enfermedad de papá, que no había buenas noticias, que le quedaba poco tiempo de vida y que tendríamos que cuidarlo mucho, y quererlo mucho, mientras aún estuviera entre nosotros. Su rostro quería parecerse al granito, pero yo adivinaba el enorme esfuerzo que comporta una eficaz simulación. Cada vez que me miraba componía de nuevo su sonrisa, en la que habitaba una tristeza difícil de ocultar.

—Tenemos que ser valientes —dijo, con una voz sostenida por herramientas frágiles y huidizas, que trabajaban desesperadamente en su interior.

Después de decir eso sorbió, se pasó la mano abierta por la cara, parpadeó varias veces, tragándose las lágrimas que pugnaban por salir. Y nuestro padre, que seguía sentado, alzó la mano para depositarla sobre la cadera de ella, con un movimiento tierno y delicado. Aquel contacto obró como una detonación sentimental. Puertas cerradas bajo llave estallaron en mil pedazos. Mamá empezó a llorar, y sus tres hijos corrimos hacia ella, para enterrarla en abrazos, para acribillarla a besos.

—Hijos, tenéis que ayudar a vuestra madre: esto va a ser muy difícil para todos —dijo él, con una voz emocionada, grave, más profunda que otras veces.

Lo admiré: mi padre había recibido de los médicos la noticia de una muerte inminente y, a pesar de todo, mantenía la compostura con enorme dignidad. Estaba más tranquilo

que su esposa y sus tres hijos. Pensé que los que se van, los que saben que se van, no sienten tanta turbación como los que estarán obligados a quedarse.

Nuestro padre se iba, se iría muy pronto, se estaba yendo ya. De algún modo, ya había hecho las maletas. Los minutos que le quedaban eran un ínfimo descuento, ese tiempo inútil que uno nunca sabe cómo llenar, esa porción miserable de los partidos de fútbol ya perdidos pero que, a pesar de todo, se tienen que jugar.

Conocer la noticia fue experimentar una violenta sacudida. Nos rebelamos contra el destino y después se abrió para nosotros un tiempo nuevo, un tiempo mágico e irreal. Nos internamos en un territorio desconocido, lleno de amor y de ebriedad. Rosa se entregó aún con más empeño a sus estudios, pero con el mismo empeño lograba liberar otros momentos para acompañar a papá. Daniel abandonó sus maneras hoscas y enfermizas, y empezó a pasar más tiempo en casa con nosotros.

Los primeros días no dejé de llorar. Por las noches me acostaba sintiendo miedo y frío, un miedo distinto al que me había acosado a lo largo de la infancia, un frío que permanecía aunque hiciera calor. Ya no temía que debajo de mi cama hubiera un monstruo. Era otra cosa. Se trataba de un monstruo de verdad: el monstruo de la muerte, acercándose a mi padre paso a paso.

Acostado, abrazado a algún muñeco (de pronto había vuelto a dormir abrazado a los muñecos, aquellos que me acompañaron cuando era más pequeño) sentía que pesados lagrimones corrían por mi cara. A veces escuchaba al otro lado de la puerta los reproches que se hacían Rosa y